

Capitalismo, democracia y porvenir: la factibilidad democrática en el capitalismo moderno.

Ignacio Moreno Fluxá
(imoreno@fen.uchile.cl)

Recibido: 14/05/2017

Aceptado: 22/06/2017

DOI: 10.5281/zenodo.833569

Resumen:

Las recientes crisis económicas han dejado en evidencia, una vez más, las fisuras del sistema económico capitalista, manifiestas con particular nitidez en la precarización material de la población y el deterioro general de las condiciones de vida. Sin embargo, y precisamente por tratarse de un período turbulento, es menester que el debate vaya más allá de las contingencias más palpables y penetre en la raíz misma del sistema económico, donde se halla la fuente de los problemas. En este sentido, una de las cuestiones de fondo que cabe preguntarse es hasta qué punto el capitalismo contemporáneo ha determinado el devenir histórico de las democracias occidentales, sobre todo si se considera que la institucionalidad política se ha vuelto también objeto de críticas, muchas de las cuales dicen relación justamente con el modo en que los sistemas democráticos interactúan con la estructura capitalista.

¿Puede hablarse de sistemas democráticos propiamente tales dentro de los regímenes capitalistas modernos? A partir de la idea de democracia en el pensamiento de Derrida y su contrapunto con una visión crítica de la economía capitalista basada en puntos clave de la obra de Marx y, posteriormente, de Marcuse, este trabajo buscará evidenciar las incompatibilidades del vínculo entre capitalismo y democracia, dejando constancia de las principales grietas por las cuales el capitalismo irrumpe en los cimientos democráticos y los poluciona por la vía de la socialización de la desposesión, la marginación y la segregación.

El capitalismo constituirá, así, la penumbra en la que el espectro de la democracia se desdibujará hasta, simplemente, desvanecerse.

Palabras clave: Democracia – Capitalismo – Opinión Pública – Derrida – Marx.

Luz, opinión pública y democracia

En primer lugar, nos referiremos a la democracia desde el pensamiento de Derrida; en particular, el esbozo comenzará con su discusión sobre el concepto de opinión pública y a partir de esta, transitaremos en torno a la idea de democracia. Esta senda se justifica por el hecho de que, en su condición de *afuera* de la representación democrática formal – institucional, podríamos decir–, por cuanto ésta es incapaz de asirla, la opinión pública constituye una alteridad que, como veremos, *define* a su adentro; en última instancia, *es* el adentro. La opinión pública se configura como la medida del espectro democrático en la práctica, de la apertura necesaria para hablar de democracia propiamente tal. Para ahondar en dicha materia, esta sección expositiva se centrará en el diálogo *La democracia, para otro día*¹.

Ante la pregunta sobre qué es hoy día la opinión pública, Derrida plantea que se trata de “la silueta de un fantasma, la obsesión de la consciencia democrática”², una aseveración cuyo cripticismo se disparará a lo largo de este apartado. Por ahora, cabe concentrarnos en que, de manera tangencial, la cuestión anterior remite a un elemento central en la exposición del francés: el hoy día, el día, la luz³. En este sentido, y como se mostrará a continuación, el ritmo, el *medium* y la historia de la opinión pública le otorgarían un carácter luminoso, fuera de las sombras.

La opinión pública es, en cuanto opinión, “literalmente *efímera*, no tiene estatuto, puesto que no está sujeta a la estabilidad, ni siquiera a la constancia en la inestabilidad”⁴. Es cambiante e imprevisible, y su ritmo propio va de la mano de una discusión permanente y transparente, que supone, de una parte, que la opinión pública “se opondría a los poderes no

¹ Todas las citas corresponden a Jacques Derrida, *El otro cabo. Democracia, para otro día* (Barcelona: Ediciones del Serbal, 1992), cuyas traducciones fueron revisadas por el autor del presente informe en conformidad con Jacques Derrida, *L'autre cap, suivi de La démocratie ajournée* (París: Les Éditions de Minuit, 1991), de modo que puede haber discrepancias con las traducciones oficiales.

² Derrida, 1992, 85.

³ En castellano tradicional, *aujourd'hui* no puede sino ser traducido como “hoy”. En su variante chilena, sin embargo, el castellano recupera un sentido del francés original que dicha traducción deja fuera: el “hoy día” o, más literalmente, “el día de hoy”. No obstante lo anterior, el francés *aujourd'hui* guarda una acepción adicional: la luz, la claridad, que es precisamente el juego al que Derrida pretende aludir.

⁴ *Op. cit.*, 86.

democráticos”, pero de otro, también se opondría a “su propia representación política”⁵. Y es que la representación política nunca podrá llevar el mismo ritmo que la opinión pública.

Sin embargo, “la errancia de su cuerpo es también la ubicuidad de un espectro (...) la opinión pública no es el derecho ni la *voluntad general*, ni la *nación*, ni la *ideología*, ni la suma de las opiniones *privadas*”⁶. La opinión pública es invocada, pero no está ahí; donde se la cita no hay más que ventriloquía. No bien se cree haberla asido, confinándola a una mnemotécnica política, se escapa, se desborda y se vuelve borrosa. La opinión pública es luminosa en su omnipresencia y su transparencia, pero apenas se intenta bosquejarla —esbozar la silueta del fantasma—, se pierde en la noche: su espectro sigue en suspensión, pero simplemente se diluye en la penumbra.

En segundo lugar, es necesario referirnos al *medium*: los poderes tecno-económicos, como los medios de comunicación, que permiten que la opinión pública adquiera su carácter permanente y transparente. Pero aun aquí la representatividad es imperfecta: la opinión pública desborda al *medium* y sólo le provee la claridad a la luz de la cual los medios toman el pulso y esbozan una noción nebulosa de la opinión pública.

Finalmente, Derrida caracteriza la historia de la opinión pública por su vínculo particular con el advenimiento de las democracias parlamentarias y de una legislación que diera lugar a “esa opinión *fuera* de las representaciones políticas o corporativas”⁷. La opinión pública surge precisamente cuando la opinión del público adquiere un peso que antes no poseía, cuando las voces que pululaban en la oscuridad de regímenes monárquicos descubrieron su luz, viéndose provistas de un poder inédito. La divergencia se transformó en una alternativa válida y capaz de cambiar la realidad: era la hora de levantar discusiones ahí donde no las había habido, incluso más allá del voto posible.

En este punto es preciso aclarar que aun en su dimensión no-electoral, la opinión pública “tiene siempre la forma del «juicio» (sí o no), que debe ejercer un poder de control y de orientación *sobre* esta democracia parlamentaria”. Nos hallamos frente a la condición *potencial* de la opinión pública: “Se sitúa fuera de la representación estatutaria, pero ese afuera no puede ser reconocido como el de una *opinión pública independiente* sino dentro de las democracias parlamentarias y de las estructuras representativas: *con vistas a un voto posible* y una

⁵ *Ibid.*, 86.

⁶ *Ibid.*, 87.

⁷ *Ibid.*, 89.

intervención *dentro de o sobre* la representación”⁸. Ese afuera necesita del adentro, de las instituciones políticas que le dan sentido al surgimiento de la opinión pública, requiere del régimen que ilumina a ese público ávido de divergir y discutir. ¿Y no depende, a su vez, la democracia de esa divergencia, ese movimiento, esa alteridad permanente y transparente que reviste la discusión pública? Porque un sistema político democrático que apaga las voces, que las vuelve noctámbulas, ¿no sería más bien el fascismo del silencio? En efecto, parece ser que el afuera *es el adentro*⁹.

Derrida es consciente de la yuxtaposición fundamental entre la democracia y la opinión pública. El francés aborda esta cuestión en el instante en que, calificándolas de ingenuas o groseras, pone en tela de juicio las interpretaciones en torno a la posibilidad de que la opinión pública sea representada por los medios o se refleje en ellos. Discutir esas interpretaciones –argüirá Derrida– puede remecer los propios cimientos del concepto de representación, esto es, de la democracia como tal. Porque, después de todo, aquella representatividad que los medios se atribuyen respecto de la opinión pública ¿no es también el objetivo –y la piedra angular– de un régimen político democrático? Y sin embargo, nos enfrentamos a lo inevitable: “¿no tiene un demócrata la responsabilidad de pensar los axiomas o los fundamentos de la democracia? ¿de analizar sin descanso las determinaciones históricas, aquellas que, en 1989 [o en 2017], pueden ser delimitadas y aquellas que no pueden serlo?”¹⁰ Una vez más, esta es una cuestión esencial, “pues de lo que se trata es del porvenir de la democracia”¹¹. Y ese porvenir no ha sino de abrazar a la alteridad, admitiendo ese movimiento introspectivo a la vez inestable e infranqueable que constituye parte esencial de la democracia.

Arribamos, de este modo, a los pasajes más *iluminadores*: aquellos en los cuales Derrida instala la discusión sobre la contradicción que yace en el seno de la democracia. Por un lado, la democracia debe luchar contra “los efectos de «censura» en un sentido amplio, contra una «nueva censura», si se puede decir así, que amenaza a las sociedades liberales, contra las acumulaciones, las concentraciones, los monopolios, en una palabra, todos los fenómenos cuantitativos que pueden marginalizar o reducir al silencio aquello que no se ajusta a su escala”¹².

⁸ *Ibid.*, 89.

⁹ Citando al propio Derrida en un trabajo más temprano: Jacques Derrida, *De la grammatologie* (París: Les Éditions de Minuit, 1967), 65.

¹⁰ *Op. cit.*, 93.

¹¹ *Ibid.*, 93.

¹² *Ibid.*, 95.

Esto es, la democracia debe apelar por la *democratización*, por escuchar la voz de cada uno de los individuos que la componen de manera que nadie quede fuera, que nadie sea relegado a la noche –al silencio inexpugnable de la noche–, y que sólo haya voces de día, constitutivas de la luz de la opinión pública.

Pero por otra parte, “no se puede abogar *simplemente* por la pluralidad, la dispersión, el fraccionamiento, la movilidad de los lugares de filtración o de los sujetos que disponen de éstos. Pues las fuerzas socio-económicas podrían de nuevo abusar de esas marginalizaciones y de esa ausencia del fórum general”¹³. Así, si por un lado la individuación le da a cada cual una voz, por otro, expone a los más desventajados a ser coaccionados una vez más, por ejemplo, por quienes detentan un mayor poder económico devenido político. He ahí la contradicción, que emergerá nuevamente cuando se discuta más adelante la relación entre capitalismo y democracia.

En suma, hemos delineado la democracia procurando dilucidar en qué medida la opinión pública (su alteridad, su afuera) es *su* medida. En cuanto sistema político, en la práctica la democracia apunta justamente a ser la representación de esas voces del día, en un esfuerzo incansable a partir del cual se impregna del espectro que es incapaz de asir por completo: permanente transparencia y movimiento, apertura a la alteridad hasta en sus propios cimientos, a riesgo incluso de remecerlos al punto del colapso. Y como tal, en su condición espectral la democracia se trata de una búsqueda inacabable, y es en este sentido que “no existe nunca en el presente. Es un concepto que lleva consigo una promesa, y en ningún caso es tan determinante como lo es una cosa presente. [...] La democracia no se adecua, no puede adecuarse, en el presente a su concepto [...] Es algo que siempre está por venir”^{14 15}.

De ahí que Derrida sostenga que “no hay democracia sin literatura, no hay literatura sin democracia”, por cuanto “la posibilidad de la literatura, la autorización que una sociedad le concede, el levantamiento de la sospecha o del terror a su derecho, todo esto va de la mano – políticamente– del derecho ilimitado de plantear todas las preguntas, de sospechar de todos los dogmatismos, de analizar todas las presuposiciones, incluso aquellas de la ética o de la política de responsabilidad”^{16 17}. La literatura puede entenderse, así, como un parámetro de la apertura

¹³ *Ibid.*, 95.

¹⁴ Jacques Derrida, “A democracia é uma promessa”, *Jornal de Letras, Artes e Ideias* (1994).

¹⁵ Cabe aclarar que el hecho de que la democracia sea “algo que siempre está por venir” no debe interpretarse como una orientación teleológico-mesiánica de parte de Derrida, sino que alude, más bien, a la idea de la democracia como un referente permanente contra el cual se contrasta y evalúa la apertura efectiva –la luminosidad– del sistema político, esto es, a la condición espectral de la democracia.

¹⁶ Traducción propia de Jacques Derrida, *Passions* (París: Éditions Galilée, 1993), 65-66.

de una sociedad, de su capacidad de disipar las sombras y difundir luz allí donde no la había; un hecho palpable en la práctica cuando las disrupciones dictatoriales se traducen en censura y, más todavía, en la quema de libros.

El capitalismo y el devenir democrático

Corresponde examinar ahora el modo en que las aspiraciones democráticas son capaces de desenvolverse (o no) en el contexto de las economías capitalistas. Desde la visión de Joseph Schumpeter, parecería que el capitalismo constituye un sistema económico acorde con la necesidad de una discusión permanente y transparente en el centro de las sociedades democráticas modernas. En este sentido, en su cita más célebre, el austriaco sostiene que

“(…) la apertura de nuevos mercados, extranjeros o nacionales, y el desarrollo de la organización de la producción (…) ilustran el mismo proceso de mutación industrial (…) que revoluciona incesantemente¹⁸ la estructura económica desde dentro, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de *destrucción creadora* constituye el dato de hecho esencial del capitalismo”¹⁹.

En esta línea, el capitalismo sería democrático por cuanto la clase capitalista ve cuestionada su hegemonía en todo instante por esa remoción de cimientos que el proceso permanente de destrucción creativa supone²⁰. De este modo, “un capitalismo estable es una contradicción de conceptos”²¹.

¹⁷ En otro escrito, Derrida plantea lo mismo más directamente: “la literatura (en el sentido estricto: como institución occidental moderna) implica *en principio* el derecho a decirlo y a ocultarlo todo, siendo en esto inseparable de una democracia por venir” (Jacques Derrida, *Dar la muerte* (Barcelona: Paidós, 2000), 146).

¹⁸ En una nota al pie, Schumpeter precisa este punto de un modo que inevitablemente recuerda, por analogía, al de la opinión pública en Derrida. En efecto, el economista plantea que “estas revoluciones no son incesantes en un sentido estricto; tienen lugar en acometidas discontinuas, separadas unas de otras por lapsos de relativa calma. Sin embargo, el proceso en su conjunto actúa incesantemente en el sentido de que hay siempre o una revolución o una absorción de los resultados de una revolución, formando ambas cosas los llamados ciclos económicos”. En otras palabras, podría decirse que el capitalismo es inestable en su propia inestabilidad, y –de haberlos– sus estados de equilibrio no son sino efímeros. De otro lado, se debe poner de relieve el que esta visión sitúe a Schumpeter fuera de la tradición neoclásica ortodoxa de pensamiento económico.

¹⁹ Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (Buenos Aires: Ediciones El Cronista Comercial, 1985), 120-121.

²⁰ Sin ser precisamente heredero de las escuelas marxista o institucionalista, Schumpeter adopta en este ámbito una visión evolucionista que, sin duda, se condice con el pensamiento de Marx o Veblen, tomando distancia de las corrientes marginalistas e incluso de Keynes.

²¹ Traducción propia de Joseph Schumpeter, *Business Cycles, Volume II* (Nueva York: McGraw-Hill, 1939), 1033.

Sin embargo, el desarrollo capitalista supone un riesgo para la democracia por cuanto resulta indisociable de la acumulación de capital y, con ello, de la concentración del poder económico, que deriva a su vez en una concentración del poder político, por una parte, y en el acaparamiento de los medios que dan cabida o no a la opinión pública, por otra. Es decir, en última instancia el capitalismo supone el control del límite entre lo público y lo privado; reconoce o suprime la luz de la opinión pública y arroja a la oscuridad a las voces disidentes. En este sentido, el capitalismo amenaza con volverse el silencio totalitario, el detenimiento del porvenir democrático y, a fin de cuentas, la oscuridad misma. Pero detengámonos aquí y analicemos el vínculo entre capitalismo y democracia desde distintas aristas.

Una primera aproximación para abordar esta cuestión se encuentra en el pensamiento de Marx, particularmente en el concepto de fetichismo de la mercancía. En palabras del propio autor,

“(…) el carácter misterioso de la forma mercantil consiste [...] en el hecho de que la mercancía refleja las características sociales del propio trabajo de los hombres como características objetivas de los productos del trabajo como tales, como las propiedades socio-naturales de estos objetos. Así, también refleja la relación social de los productores con la suma total de trabajo como una relación social entre objetos, una relación que existe aparte y afuera de los productores. Mediante esta sustitución, los productos del trabajo se vuelven mercancías, objetos sensibles que son, al mismo tiempo, suprasensibles o sociales.”²²

Es decir, las relaciones de producción –independiente del sistema económico– quedan plasmadas en los propios productos de un modo en que se asumen naturales. La objetivación de las relaciones de producción supone que las relaciones de poder económico también quedan objetivadas, por lo que –he ahí el riesgo– se asumen como naturales, como una condición a-histórica y universal. El capitalismo se define por la acumulación de capital (más adelante veremos la validez empírica de esta premisa) y, consecuentemente, por la asimetría de poder económico, por lo que esas relaciones de poder económico se vuelven relaciones de poder político por la vía del fetichismo de la mercancía, un riesgo que es exclusivo –por definición– de sistemas económicos de esta índole.

²² Traducción propia de Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume One* (Aylesbury: Penguin Books, 1982), 164-165.

Esta visión podría sostenerse incluso desde escuelas de pensamiento económico más cercanas a la ortodoxia, como es el caso de la nueva economía institucional. Podemos referir, a este respecto, al trabajo de Daron Acemoğlu y James Robinson. Su modelo teórico sostiene la premisa de que la distribución del poder político en el presente depende de las instituciones políticas y la distribución de recursos en el pasado, y que determina, por su parte, las instituciones económicas y políticas del futuro²³. El hecho de que se trate de un esquema de causalidad acumulativa²⁴ nos obliga a simplificar el análisis para centrarlo en los puntos relevantes para este ensayo, pero a grandes rasgos podemos advertir que un sistema de corte capitalista está asociado a una distribución inequitativa de recursos en desmedro de las clases trabajadoras²⁵, que determinaría endógenamente una distribución de poder político favorable a los grupos capitalistas y, ulteriormente, una institucionalidad que preserve ese *statu quo*.

Más recientemente, el disruptivo estudio empírico llevado a cabo por Thomas Piketty encontró que la tasa de retorno es mayor que la tasa de crecimiento de la economía en el largo plazo, lo que, de acuerdo con su hipótesis, da cuenta de una desposesión sistemática por parte de la clase capitalista en desmedro del resto de la población. En términos más técnicos, este proceso de desposesión, endógeno al desarrollo del capitalismo, radica en que “la recapitalización de los patrimonios procedentes del pasado será más rápida que el ritmo de crecimiento de la producción y los salarios”²⁶. La relevancia de lo anterior en el contexto de este ensayo es introducida tangencialmente por el propio autor, quien sostiene que las fuerzas de divergencia asociadas al fenómeno ya descrito son “potencialmente amenazadoras para nuestras sociedades democráticas y para los valores de justicia social en que están basadas”, en la medida que “el empresario tiende inevitablemente a transformarse en rentista y a dominar cada vez más a quienes sólo tienen su trabajo. [...] El pasado devora al porvenir”²⁷ – como si Piketty refiriera directamente a Derrida.

²³ Nos referimos, en particular, al modelo desarrollado en Daron Acemoğlu y James Robinson, “Paths of Economic and Political Development”. En *The Oxford Handbook of Political Economy*, ed. Donald Wittman y Barry Weingast (Nueva York: Oxford University Press, 2008).

²⁴ No tiene formalmente un principio causal, sino relaciones causales que se refuerzan sucesiva y mutuamente.

²⁵ Un esquema que puede vincularse al concepto de “instituciones extractivas” que los autores adoptarían en el más prominente Daron Acemoğlu y James Robinson, *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty* (Crown Publishing Group, 2012).

²⁶ Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI* (edición electrónica: Fondo de Cultura Económica, 2014), 419.

²⁷ *Ibid.*, 419.

Sin embargo, donde en la economía Piketty halla la solución a los problemas de la acumulación capitalista en mejores esquemas redistributivos de administración pública, propiciando así, en la óptica de Acemoğlu y Robinson, una redistribución democrática del poder político, para Herbert Marcuse la respuesta es más compleja en el plano de lo político o, más bien, en *lo humano en general*.

Marcuse retoma el problema del capitalismo una vez que la objetivación de las relaciones sociales ya se ha establecido y que el sistema económico ha devenido ya en formas institucionalizadas de represión política. No es sorpresa, entonces, que la visión del alemán no sea optimista, toda vez que la dificultad se vuelve astronómica. Siguiendo con la herencia hegeliana en el pensamiento de Marx, Marcuse sostiene que la

“libertad negativa, esto es, la libertad frente al poder opresivo e ideológico de los hechos dados, es el *a priori* de la dialéctica histórica; es el elemento de elección y decisión en y contra la determinación histórica. Ninguna de las alternativas dadas es *por sí misma* negación determinada a menos que sea comprendida conscientemente y pueda romper el poder de las condiciones intolerables”²⁸.

En cuanto la marginación, la segregación, la desposesión son resultados endógenos, intrínsecos del capitalismo, sólo una liberación consciente de estos flagelos será capaz de acabar con la dominación de una parte de la población. Sólo entonces podría haber, así, una democracia genuina en oposición a los desequilibrios sociales del capitalismo, que no hacen sino apagar las luces de la opinión pública y reducir la democracia al silencio totalitario.

Vinculando el posicionamiento de Marcuse con el de Derrida, el problema central de las democracias capitalistas (que en estricto rigor, y como se ha intentado exponer, no constituyen democracias propiamente tales) es, en línea con el camino ya recorrido, la concentración. De esta manera, y he aquí un rasgo distintivo de Marcuse en la tradición marxista, la liberación ya no es a nivel de clase, sino individual, por cuanto la polución capitalista del sistema político reviste la opresión de toda la sociedad. Así, el autor sostiene que pese a que “una sociedad libre se define más por el aumento de sus logros fundamentales que por la autonomía privada (...) la ausencia de esta última invalida incluso las más caracterizadas instituciones de libertad económica y política, negando la libertad en sus raíces

²⁸ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional* (Barcelona: Planeta-Agostini, 1993), 251.

ocultas. La socialización masiva empieza en la casa e impide el desarrollo de la conciencia”²⁹. Esa ágora pública que constituye la democracia en su centralidad termina por acabar con el individuo como tal y no definirlo sino en términos de ese todo que el capitalismo ha distorsionado al inmiscuirse en los propios cimientos de la democracia.

La liberación, entonces, recae en el individuo, y

“(…) exige la represión de las necesidades y satisfacciones heterónomas que organizan la vida en la sociedad. Cuanto más altas hayan llegado a ser las propias necesidades y satisfacciones del individuo, más aparecerá su represión como una fatal privación. Pero gracias precisamente a este carácter fatal, pueden crear el primer prerrequisito subjetivo para un cambio cualitativo; éste sería la *redefinición de las necesidades*.”³⁰

En suma, el ser humano se libera cuando es capaz de despojarse del estilo de vida que el capitalismo le ha impuesto, sólo entonces vuelve a la luz de la consciencia propia que realmente lo define y que el sistema económico capitalista posesiona con una lógica totalitaria. Y es que “la creación de necesidades represivas ha llegado a ser desde hace tiempo parte del trabajo socialmente necesario; necesario en el sentido de que sin él el modo de producción establecido no se sostendría. Lo que está en juego no son problemas de psicología ni de estética, sino la base material de la dominación”³¹. Aquí la base material de dominación deja de residir sólo en los modos de producción y la explotación de clases: la dominación se refleja en un existir alienado como un todo, favorecido por la socialización del capitalismo por la vía de los espacios democráticos. Luego, “la autodeterminación será real en la medida en que las masas hayan sido disueltas en individuos liberados de toda propaganda, adoctrinamiento o manipulación; individuos que sean capaces de conocer y comprender los hechos y de evaluar las alternativas”³², es decir, cuando el individuo vuelva *ser individuo*, liberándose de la síntesis político-económico-social que el capitalismo constituye. “La sociedad será racional y libre en la medida en que esté organizada, sostenida y reproducida por un Sujeto histórico esencialmente nuevo”³³. La promesa de la democracia descansa en ese nuevo sujeto, que, conciliando con la perspectiva derridiana, ha de ser entendido no como una teleología mesiánica, no como una promesa en el futuro, sino como promesa *ya*, que en

²⁹ *Ibid.*, 273-274.

³⁰ *Ibid.*, 274.

³¹ *Ibid.*, 274-275.

³² *Ibid.*, 281.

³³ *Ibid.*, 281.

virtud de su espectralidad no está garantizada ni es eterna. Dicho de otro modo, será el sujeto en sí quien encarne la apertura de la democracia ilustrada en el tránsito de salida de la dominación capitalista.



En el desarrollo de este ensayo se han examinado de cerca los mecanismos mediante los cuales el capitalismo en cuanto sistema económico se desborda de su esfera y termina por desdibujar el espectro de la democracia, entregándola al poder político que emana de la acumulación capitalista. Las voces se apagan, la discusión se detiene, adviene el totalitarismo del silencio, del no-cuestionamiento y de un individuo sometido a la socialización de una relación sistemática de opresión no ya sólo económica o política, sino existencial.

La promesa de la democracia, el espectro omnipresente en los sistemas políticos occidentales modernos, sólo se mantendrá vigente en la medida en que el capitalismo –la penumbra que amenaza con desvanecer el espectro de la democracia– no *devore* ese porvenir. En su pugna con la oscuridad opresiva del silencio, la *luz del día* depende de eso.

Bibliografía

- Acemoğlu, Daron, y James Robinson. “Paths of Economic and Political Development”. En *The Oxford Handbook of Political Economy*, editado por Donald Wittman y Barry Weingast. Nueva York: Oxford University Press, 2008.
- ——— *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*. Crown Publishing Group, 2012.
- Derrida, Jacques. “A democracia é uma promessa”. *Jornal de Letras, Artes e Ideias* (1994).
- ——— *Dar la muerte*. Barcelona: Paidós, 2000.
- ——— *De la grammatologie*. París: Les Éditions de Minuit, 1967.
- ——— *El otro cabo. Democracia, para otro día*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1992.
- ——— *Passions*. París: Éditions Galilée, 1993.
- Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1993.
- Marx, Karl. *Capital: A Critique of Political Economy, Volume One*. Aylesbury: Penguin Books, 1982.
- Piketty, Thomas. *El capital en el siglo XXI*. Edición electrónica: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Schumpeter, Joseph. *Business Cycles, Volume II*. Nueva York: McGraw-Hill, 1939.
- ——— *Capitalismo, socialismo y democracia*. Buenos Aires: Ediciones El Cronista Comercial, 1985.